

Fraternidad y educación

1. El tema se ha puesto nuevamente en la agenda. El tríptico de la revolución francesa estuvo mucho tiempo dominado por los conceptos de libertad e igualdad, que dieron lugar a una vasta literatura, pero también a desempeños sociales. El concepto de fraternidad indicaba que los seres humanos estaban unidos por algo más que un contrato entre libres e iguales.
2. El significado que asumió ese vínculo – expresión de la cohesión social – en el capitalismo industrial fue lo que Durkheim llamó solidaridad orgánica. El carácter orgánico de la solidaridad de alguna manera baja los niveles de exigencia personal para establecer vínculos con el otro. La cohesión está garantizada por factores no personales. Los vínculos en el proceso productivo y los vínculos construidos socialmente de adhesión a la nación, daban lugar a cohesión general o de clase. Pero en todos ellos había un fuerte determinismo social o cultural que reducía las posibilidades de construcción personal de la identidad.
3. Brechas/condiciones para la inclusión: empleabilidad, educabilidad, etc.

El primer eje de discusión de los desafíos que enfrenta la educación es el que se vincula con el tema de la solidaridad. Estamos superando las estructuras sociales donde regían formas de solidaridad orgánica para pasar ya sea a la ausencia de solidaridad (exclusión social) o formas de solidaridad consciente y reflexiva. En el capitalismo industrial existía lo que se concebía como "solidaridad orgánica", es decir una solidaridad semejante a la que existe entre las diferentes partes de un organismo. En la solidaridad orgánica no hay una decisión voluntaria de ser solidario. Por eso en ese tipo de contextos sociales no era necesario postular el objetivo de aprender a vivir juntos. Cuando hay solidaridad orgánica estamos obligados a vivir juntos. Explotados y explotadores no desarrollan actitudes solidarias voluntarias. La relación los obliga a mantener los vínculos necesarios para que la relación siga vigente y cada uno pueda seguir existiendo.

En el nuevo capitalismo, en cambio, los niveles de solidaridad orgánica disminuyen y para vivir juntos será necesario querer vivir juntos, será necesario adherir a un proyecto necesariamente político que se proponga lograr la inclusión de los excluidos, que se proponga garantizar igualdad de oportunidades a todos, porque nos resulta éticamente necesario. Obviamente, las bases sobre las cuales se puede apoyar un proyecto de este tipo son bien distintas a las que existían en el capitalismo industrial. La justicia, por ejemplo, no puede estar basada en la idea de tratar a todos de la misma manera. La justicia, particularmente la justicia social, debe perder el velo que cubre sus ojos y que le impide ver a quien se dirige y tratarlo de la manera más adecuada a su situación. La mayor disponibilidad de información puede también ser la base de estrategias de acción social más eficaces para el logro de la justicia y no, como lo sugieren los enfoques conservadores, un factor de discriminación. Pero este nuevo enfoque de la justicia social está íntimamente asociado al fortalecimiento de la dimensión política de la sociedad y, en particular, de la democracia, porque sólo si existe un fuerte sentido de pertenencia colectiva, es posible aceptar la idea de la redistribución directa de los bienes.

La segunda línea de análisis -más específicamente educativa- se refiere a la confianza de los maestros y profesores en la capacidad de aprendizaje de sus alumnos. Gran parte de la discriminación educativa y del fracaso escolar de alumnos y alumnas que

proviene de familias pobres, étnica o culturalmente diferentes, se explica por los prejuicios y estereotipos que inconscientemente manejamos hacia la capacidad de aprendizaje de dichos alumnos.

Hace ya muchos años que las investigaciones educativas mostraron la importancia de lo que se denominó el efecto Pigmalión o la profecía autocumplida. Si un docente o una institución educativa actúa sobre la convicción según la cual un determinado colectivo de alumnos (pobres, negros, mujeres, gitanos, quechuas, etc.) tiene una limitada capacidad de aprendizaje, esos alumnos aprenderán poco. Al contrario, cuando actuamos con la convicción de que nuestros alumnos tienen una capacidad elevada de aprendizaje, los resultados también son elevados. Modificar estos prejuicios y estereotipos es una tarea compleja y difícil. No se trata solamente de incorporar nuevos contenidos en los planes de estudio y de capacitar a los docentes. Sabemos que los prejuicios se apoyan en factores que no son sólo cognitivos sino también emocionales y, por ello, las estrategias para modificar las representaciones que tenemos acerca de las capacidades de aprendizaje de determinados colectivos de población escolar deben actuar sobre todas las dimensiones de la personalidad de los docentes y sobre los mecanismos institucionales de evaluación.

Pero además de las estrategias destinadas a la cobertura y a los métodos, también es preciso hacer referencia al tema de los contenidos. En este sentido, es útil retomar los planteos del Informe Delors acerca de los pilares de la educación del siglo XXI. Dos de esos (aprender a aprender y aprender a vivir juntos) expresan el paradigma humanista. No me parece necesario describir aquí el contenido de estos ejes de acción, que responden a la dimensión cognitiva el primero y a la cultural el segundo. Lo que interesa destacar, en última instancia, es que el desarrollo de esos pilares supone introducir en la escuela, el desarrollo de experiencias que no se producen "naturalmente" en la vida externa a la escuela. Aprender a aprender implica un esfuerzo de reflexión sobre las propias experiencias de aprendizaje que no pueden desarrollarse sin un guía, sin un modelo, sin un "acompañante cognitivo", que sólo la actividad educativa organizada puede proporcionar. Aprender a vivir juntos, por su parte, implica vivir experiencias de contacto con el diferente, experiencias de solidaridad, de respeto, de responsabilidad con respecto al otro, que la sociedad no proporciona naturalmente. La escuela puede, en este sentido, recuperar su función cultural a través del desarrollo de experiencias que no tienen lugar en la cultura externa. Dicho de otra manera, la escuela puede cumplir un papel cultural y social significativo si asume un cierto grado de tensión y conflicto con la cultura externa a la escuela. Su papel no es "adecuarse" a la cultura popular, ni tampoco, por supuesto, aislarse ni vaciarse de contenidos por la vía del empobrecimiento de los contenidos que ella transmite. Su papel es transmitir la capacidad de aprender a lo largo de toda la vida, la formación de un núcleo básico del desarrollo cognitivo y valorativo desde el cual cada uno pueda elegir y definir su proyecto de vida personal.

A manera de conclusión, las decisiones que deberán tomar los ciudadanos en el futuro son decisiones de una envergadura inédita: incluir a todos o no, manipular o no nuestro capital genético, cuidar la naturaleza, etc. Los niveles de reflexividad que exigen estas decisiones son también muy profundos y exigen no sólo un fuerte desarrollo cognitivo sino ético y moral. ¿Cuánto de estos niveles de reflexividad pueden ser formados a través de acciones educativas intencionales y sistemáticas? ¿Qué formas institucionales serán las más apropiadas a esta función? ¿Quiénes serán los educadores de estos

procesos de formación?. La escuela universal y obligatoria a cargo de maestros formados profesionalmente a través de instituciones educativas especiales fue la respuesta a la demanda de formación del ciudadano para el Estado-Nación. ¿Será ésta la respuesta para las demandas de formación del ciudadano reflexivo que demanda el siglo XXI?. Estas preguntas implican también un interrogante acerca de la formación de las elites. Si bien en una sociedad democrática la distinción entre los miembros de las elites dirigentes y el resto de la ciudadanía es una distinción dinámica, lo cierto es que la responsabilidad por las decisiones es mucho mayor en aquellos que manejan áreas más sensibles desde el punto de vista de las consecuencias de sus decisiones: los científicos, los dirigentes políticos, los dirigentes empresarios. Por último, estas decisiones ya no podrán ser limitadas espacialmente al ámbito del territorio local o nacional. La responsabilidad también asumirá una dimensión internacional y al nivel del género humano. Como toda etapa crucial de la historia, abre siempre la opción de la incertidumbre o la esperanza.

Una reflexión sobre fraternidad y tics: promueven más contactos o menos? Internet y contactos entre iguales....